

Producian con frecuencia estas invitaciones ingeniosas disputas, en que brillaba más la agudeza que la ciencia, siendo entre todas digna de ser conocida la entablada con Juan Ruiz de Corella, extraña lid en que el Príncipe de Viana usaba su nativo romance navarro y empleaba Corella el catalan, que era tal vez su lengua adoptiva <sup>1</sup>. La *disputación* giraba sobre la proposición siguiente: «Fazen (escribia don Carlos) una tal pregunta »las ueieçuelas de natura que si hombre se fallara en un barcho en medio de un rrio, passando dos damas é que la nesçesidad le forçasse echar la una en el agua, de las quales damas »fuesse la una mucho amada, hi (sic) él non della amado, é la »otra que á él amasse é él non á ella já qual destas daria la uida?... E pareciónos (proseguia el Príncipe) dificultosa la determinación: ca por la una parte la *passion* é por la otra la *raçon*, »cegaron sin dubda la vista de nuestros oios, en tal guisa que »la elección é juhiçio turbado, determinamos la presente epístola »la vos escribir». Corella contestaba, atreviéndose apenas á dar la solución, si bien se decidia al cabo por que debia el caballero arrojar al agua la dama amante y desamada. Desechando

latin, sus *Oraciones* y su *Crónica*, pareciéndonos por último de no escasa fuerza el ejemplo que en el texto exponemos, único vestigio de las poesías del príncipe de Viana, hasta ahora descubierto. Don Carlos, siguiendo la antigua costumbre de los poetas artísticos ó eruditos, *asonaba* sus canciones y las cantaba él mismo, acompañado del laud ó de la vihuela (Yanguas, loco citado). Gonzalo de Santa María, mencionado arriba, habia dicho en su tiempo: «*Musicae plurimum delectabatur*» (Bibl. Nac., cód. Dd. 184, fólío IX v.).

<sup>1</sup> Á juzgar por el segundo apellido pudiera sospecharse que este trovador fué navarro, sin que nos maravillara esta circunstancia en la época que historiamos, pues que siendo tan frecuentes las relaciones y aun apareciendo bajo un cetro Aragon, Navarra y Cataluña desde la mitad del siglo, florecen en la triple córte de don Juan diversos ingenios que se ensayan al par en el romance castellano y el lemosin, segun antes mostramos. Sin embargo, el apellido Ruiz de Corella existió en Valencia desde la época de la conquista, ó poco despues, como demuestran documentos locales, lo cual indujo sin duda á Torres Amat á que fué Corella valenciano y no catalan, como otros pretenden, aunque lo incluye en su *Diccionario crítico* (pág. 188), dando alguna razon de sus obras.

modestamente los elogios, que le habia prodigado, replicábale don Carlos, calificando su parecer y sentencia, como infundada, poco generosa y contraria «á las leyes de natura», pues que era en su concepto más digna de la vida la que amaba, siendo desamada, que la que desdeñaba, siendo querida. Insistia Corella, apelando á la *passion*, cuando al pronunciar su primer fallo, sólo en la *raçon* habia pretendido fundarse; y aunque se extendia largamente en ingeniosas reflexiones, no lograba vencer el ánimo del Príncipe, quien apoderándose en su tercera epístola de la contradicción en que habia caido, haciale por último confesarse vencido <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Existen estas notables *Epistolas* en un precioso códice de la famosa biblioteca mayanciana, hoy propiedad de los condes de Trigona, en Valencia, á cuya especial fineza debemos su exámen. Es el indicado MS. un tomo fólío menor, y fué ya dado á conocer por Ximeno (*Biblioteca de Escritores del reino de Valencia*, tomo I, pág. 63). Sin embargo, contribuyendo este precioso MS. á caracterizar el movimiento, que llevaban los estudios clásicos, á que aparece grandemente asociado Juan Ruiz de Corella, no será impertinente manifestar que los tratados referidos son: I.º *Lo Rahonament de Telamó, é de Ulises sobre les armes de Achilles*.—II.º *Lo Plant dolorós de la reyna Ecuba sobre la mort de Priam*.—III.º *La Istoria de Josef*.—IV.º *La Istoria de Leander*.—V.º *La suplicació de natura humana*.—VI.º *Les lizons de morts*.—VII.º *La letra que Honestat escriu á les dones*.—VIII.º *La Tragedia de Caldesa*.—IX.º *La Letra que Veritat escriu á les dones*.—X.º *La demanda que el Senyor Principe don Carlos demaná*.—XI.º *La lamentació de Mirra, filla de Cinaras*.—XII.º *La Faula de Narciso*.—XIII.º *La Poesia de Píramus é Tisbe*.—XIV.º *La lamentació de Bibles, germana de Caccio*.—XV.º *La Poesia é Faula de Jason é Medea*.—XVI.º *Lo Parlament ó Collació, que en casa de Berenguer Mercader esdevench*.—XVII.º *La Faula de Orfeu*.—XVIII.º *La Faula de Silla, filla del rey Niso*.—XIX.º *La Faula de Pasife, filla del rey Minos*.—XX.º *La Faula ó Poesia de Prognés é Filomena, germanes del rey Tereu*.—XXI.º *La Letra fengida que Achilles escriu á Policena, en lo setge de Troya, et la resposta*.—XXII.º *Lo Johi de París ab la allegoria*.—XXIII.º *La Istoria de la gloriosa santa Magdalena*.—XIV.º *La sepultura de Mossen Françi Aguilar*.—XXV.º *La Vida de la gloriosa santa Ana*.—XXVI.º *La Vida de la Sacratissima Verge Maria, Mare de Deu, Senyora nostra, en rims*. Es pues indudable que Ruiz de Corella, aunque no renunció al título de poeta cristiano, como lo prueba sobre todo la última de las obras citadas, hizo gala de cultivar los estudios mitológicos, y con ellos los poetas clásicos. Amat

Mas no eran estos los únicos solaces literarios del primogénito de Navarra, si bien puede asegurarse que debió á la ingenuidad y llaneza, con que trató en ellos á los poetas y escritores, á quienes se dirigia <sup>1</sup>, no menor popularidad que á las persecuciones de que fué víctima, condolidas sus desdichas y llorado tiernamente en su muerte por los trovadores y oradores, mientras el pueblo catalan le daba en medio de su entusiasmo título y virtudes de *santo* <sup>2</sup>. Llamado por su educacion literaria á más

da razon de un *Psalteri trasladat de lati en romançe* (catalan) por el mismo Corella y dado á luz en Venecia el año de 1490 (*Diccionario crítico*, página 188 citada).

1 Sobre lo que dejamos ya indicado en orden á las aficiones de don Carlos, conviene añadir que formaban parte de la servidumbre de su casa, demás de los donceles y escuderos, maestros de esgrima y de danza, un *sonador de arpa ó yuglar*, pagándose tambien el príncipe de extremo *danzador*. En 1440 obsequiaba á su padre y á la reina doña Blanca, su madre, con una danza de doce hachas (torchas), que llevaban con él otros once caballeros (*Archivo de Comptos*, caj. 144, núm. 2).

2 Á tal punto llegó el entusiasmo de los catalanes respecto del Príncipe de Viana, que según acreditan los *Dietarios de Barcelona*, le reputaron en efecto como santo, testificando de los milagros que obraba. Á su muerte se extremaron las alabanzas, formando aragoneses, navarros y catalanes cierta especie de corona fúnebre, en prosa y verso, que daba claro testimonio del grande amor en que le tenían. El aragonés don Fernando Bolea y Gallóz, mayordomo de don Carlos y de su consejo, tomando la iniciativa en los elogios póstumos, escribía al rey de Castilla, respecto de las virtudes sobrenaturales que Dios habia concedido al Príncipe: «El premio de su loable vida fué tal que la divinal Essencia le ha de tal manera colocado en la durable felicidad que todos los dolientes incurables, arribando á donde su cuerpo está, quedan sanos; é tanto número dellos ay, que un millar de sanctos con sus miraglos justamente podrian ser canonizados» (Bib. Nac., cód. D. 170, fól. 5). Los poetas y escritores que más se distinguieron, demás del expresado Bolea y Gallóz, fueron don Francés de Pinós, fray Pedro Martínez, camarlengo el primero y bibliotecario el segundo del mismo Príncipe, Juan Fernandez de Hajar, mayordomo del rey don Juan y camarlengo de don Carlos, Mossen Juan Fogassot, escribano de Barcelona, que habia cantado pocos meses antes la libertad del Príncipe, y Mossen Guillermo Gibert, vecino de Barcelona. Las expresadas composiciones son: 1.º «Cartas que don Fernando de Bolea y Gallóz dirigió á los reyes de Aragon, Castilla y Portugal y á todos los letrados de España en 29 de octubre de 1461.—2.º *Obra feita* á la buena memoria del muy alto é muy glorioso Príncipe

granados estudios, aspiraba el Príncipe de Viana á tomar parte en la grande obra, tan noblemente impulsada por don Juan II de Castilla y Alfonso V de Aragon, sus tios; y haciendo gala de

don Carlos, primogénito de Aragon, por fray N. Fort.—3.º *Complaynta* por la muerte del muy alto é muy esclarecido Príncipe don Carlos, primogénito de Aragon, et lugarteniente general irrevocable en el Principado de Cathalunia, por Fray Pedro Martínez, librero de su Alteza.—4.º *Complaynta que don Francés de Pinós* ha fecho por la muerte del glorioso Príncipe don Carlos, primogénito de Aragon, camarlengo de su sennoria, demandando consolación del dolor que sostenia por la dicha muerte, á todos los prudentes é sabios onbres.—5.º *Respuesta* de Fray Pedro Martínez, librero del muy esclarecido Príncipe don Carlos, de gloriosa memoria, á la *Complaynta* de don Francés de Pinós, camarlengo de su Alteza.—6.º *Respuesta* del muy noble senyor don Johan Dixar, mayordomo mayor del senyor rey d'Aragon, é camarlengo del muy illustre senyor Príncipe don Carlos, de gloriosa memoria, primogénito d'Aragon, á la *Complaynta* que don Francés de Pinós, asimesmo camarlengo suyo, ha fecho por la muerte del glorioso primogénito d'Aragon.—7.º *Complant fet* por Guillen Gibert de Barcelona sobre la mort del primogenit Daragó don Cárles, obra encadenada solta». Las poesías de Fogassot llevan estos títulos: 1.ª «*Romanç fet per Joan Fogassot*, notari, sobre la presó ó detenció del illustrísim senyor don Karles, príncep de Viana é primogenit d'Aragó, etc., lo qual fou fet en la vila de Bruselles del ducat de Brabant en lo mes de febrer, any mil cccclx hu».—2.ª «*Obra feta per lo dit Johan Fogassot sobre la liberació del dit senyor primogenit*».—Á estas poesías y *Lamentaciones*, primeros ensayos de la oratoria fúnebre, como lo habian sido en Castilla las *Lamentaciones por la destruycion de España*, se unen otras oraciones panegíricas sin duda de igual carácter é importancia, mencionadas por Latasa en su *Biblioteca Antigua de Aragon* (t. II, pág. 228), todo lo cual confirma plenamente cuanto en el texto observamos. De las poesías catalanas podrán juzgar los lectores por los siguientes versos: el *Complant* de Gibert empieza:

Ab dolor grant | é fora de mesura  
Vull io dir part | de una trista mort;  
Ab dolor grant, | abundós en tristura,  
Vos denunciu | aquesta mala sort.  
Ab dolor gran | passá aquesta uida  
Lo excellent | príncep Daragó;  
Ab dolor grant | lo poble tots jorns crida  
Molt fort plorant, | dient: Deu li perdó.

Fogassot no se habia mostrado menos dolorido en la prision del Príncipe:

Ab gemechs grans, | plors é sospirs mortals  
Sentí las gents | dolres per les carrers,

sus estudios clásicos, mientras traía al romance vulgar las *Éticas de Aristóteles* y otros peregrinos tratados <sup>1</sup>, trazaba la historia de Navarra, obedeciendo al generoso impulso del patriotismo, que había movido dos siglos antes la pluma de Alfonso el Sábio. El hijo de doña Blanca, acreditado de trovador ingenioso y de esmerado dialéctico, ambicionaba por tanto más alta gloria; bastando sólo el empeño en que se ponía, para que dadas las azarasas circunstancias de su vida, merezca el aplauso de la posteridad, reconocidos el meritorio fin de sus vigilias y la enérgica actividad de su espíritu. Pero no vacilemos en añadir que tras el mérito de la empresa, aparece el galardón del posible acierto.

Traducía las *Éticas* por mandato expreso del conquistador de Nápoles <sup>2</sup>, quien ganoso de que fuesen conocidas de los españoles, ni se contentaba con la versión latina de Averroes, en

Plasses, cantons | en diverses maneres,  
 Los uylls prostrats | estan com bestials.  
 Dones d'estat | viu estar desfressades,  
 Lagremelant | é batense los pits;  
 Los infants pochts | criden á cruels crits,  
 Vehents estar | lurs mares alterades:  
 O trist de mi! | quin fet pot ser aquest  
 De quant ença | staxi Barselona?... etc.

El buen nombre y la reputación de santidad, en que fué tenido don Carlos, cundieron al siglo XVI, en que se promovió el expediente de su canonización, dando la Sede Apostólica el encargo de recibir las oportunas informaciones, respecto de la vida y los milagros del Príncipe, al arzobispo de Tarragona don Pedro de Cardona, que subió á aquella silla en 1515.

<sup>1</sup> Menos importante que las *Éticas*, pero no indiferente para nuestro estudio, es entre otros libros que se atribuyen al Príncipe de Viana, el tratado de la *Condiçion de la Nobleza*, debido á Angelo de Milan, conservado felizmente en la biblioteca Colombina de Sevilla, con otros opúsculos, que como este atribuyó don Nicolás Antonio á Mossen Pedro de la Panda, de quien despues hablaremos (*Bibl. Vetus*, lib. X, cap. XVI ad finem). Este libro era en cierto modo complemento del de la *Cavalleria* de Bruno de Arezzo, por lo cual fué tenido en mucha estima y asociado á las traducciones del mismo, dando motivo al error indicado.

<sup>2</sup> El mismo Príncipe, refiriéndose á esta obra de «sciencia moral», declaraba en la notable *Lamentacion á la muerte de don Alfonso*, á que hemos ya aludido y despues examinaremos, que «por mandado suyo (escribete) deliberamos traducir» (*Bibl. Nac.*, cód. S. 253, ad finem).

que aparecía grandemente pervertida la doctrina del Estagirita <sup>1</sup>, ni le satisfacía la llevada á cabo bajo los auspicios de Nicolao V, ni tenía por último en precio las traducciones italianas que á la sazón cundían y habían penetrado ya hasta Castilla, enriqueciendo la preciosa biblioteca del docto marqués de Santillana <sup>2</sup>. Reputado no sin razón como entendido helenista y docto en la lengua del Lacio, había traducido Leonardo Bruno de Arezzo, cuyas relaciones con los ingenios de España van ya indicadas, las *Económicas*, las *Políticas* y las *Éticas*, preciándose de haber seguido literalmente el texto griego: don Alfonso señalaba pues al Príncipe de Viana la versión de Arezzo; y movido don Carlos «más por la deuda obediencia que á todos los mandamientos [del rey de Nápoles] deuia, que ignorando la flaqueza de su entendimiento», resolvíase á traer «á nuestro romance aquellos libros de la *Ética de Aristóteles* que Leonardo de Arezzo de griego en latin trasladó, tomando (añá-

<sup>1</sup> Los lectores han podido apreciar antes de ahora el juicio, que tenemos formado de la versión de Aristóteles, deducida de los libros de Averroes: no será sin embargo fuera de propósito repetir que negando el Aristóteles explicado por el filósofo mahometano la creación, la Providencia, las penas y las recompensas de la otra vida, había cundido ya en tiempo de Petrarca, entre los que en Italia se preciaban de aristotélicos, la doctrina de que el mundo era infinito y coeterno á Dios (Guinguené, *Histoire litteraire d'Italie*, t. II, pág. 465); error grosero que combatido por el autor del libro *De Ignorantia sui ipsius et multorum*, había recibido el golpe de gracia de la versión de Aristóteles, debida á Bruno de Arezzo, donde apareció por vez primera el texto del Estagirita limpio y puro. Don Alfonso V, como á continuación advertimos, procedía con todo acierto, al desechar el *Aristóteles mahometano*.

<sup>2</sup> El mismo Príncipe de Viana notaba en el prólogo dirigido al rey don Alfonso, que «los libros de la *Ética de Aristóteles* fueron interpretados «por el frayle que la primera traducción fiziera, mal é perversamente». La versión, á que alude, es sin duda la de Juan de Ricio, hecha por los años de 1436. Entre los libros que fueron de don Jñigo Lopez de Mendoza y dimos á conocer en sus *Obras*, (pág. 593 y siguientes), se halla un códice italiano, escrito en vitela á dos columnas, y exornado de letras mayúsculas y miniaturas, con notas marginales, que pueden ser del mismo marqués de Santillana. Contiene las *Éticas de Aristóteles* y llevaba en la primitiva librería la marca P. V. L. n.º 32.

«día el Príncipe) por enxemplo el exercicio de vuestro real ingenio en las *Epístolas de Séneca*»<sup>1</sup>. Mas el erudito don Carlos no se limitaba al simple oficio de traductor, al dirigir á su tío la obra que le habia encomendado: «Leonardo (le decia) fizo de cada libro [de las *Éthicas*] un capítulo. Pero yo quise cada libro en devidos capítulos partir, segunt que la diversidad de la materia subiecta requiere, é aquellos capítulos en tantas é distintas conclusiones quanto el filósofo determinó sobre las opiniones de los otros filósofos. E por que vuestra señoría mejor pueda notar é fallar la materia, que más le pluguier, é porque todos los morales se studiaron en aclarar sus señaladas doctrinas, por el comun provecho que dellas se sigue, aquellas palabras que claras son, en otras tantas del nuestro

1 Prólogo citado. Digno es de advertirse que Leonardo de Arezzo hizo al propio tiempo la version de las *Económicas* y las *Políticas* de Aristóteles, ocupándose en estos trabajos de 1440 á 1444. El Príncipe de Viana, que pasaba en 1457 á Nápoles, segun oportunamente indicamos, recibia allí el encargo del rey don Alfonso, su tío, consagrándose de lleno al referido trabajo, que terminaba antes de morir el rey (mayo de 1458). Las *Éthicas* del primogénito de Aragon fueron impresas en Zaragoza el año de 1509, seguidas de otra version anónima de las *Políticas* y las *Económicas* por Jorge Coci, alemán, en folio. (Véanse don Nicolás Antonio, *Bibl. Vet.*, tomo I, pág. 282; Tamayo, *Junta de Libros*; Floranes, *Vida literaria de Pero Lopez de Ayala*; Yanguas, *Noticias biográficas de don Carlos, Príncipe de Viana*, pág. XLI; Mendez, *Tipografía española*, pág. 193). Algunos de estos escritores, supusieron sin embargo que era todo lo impreso por Coci obra de don Carlos; pero con error, pues sólo tradujo las *Éthicas*, y el anónimo á quien aludimos, declaraba terminantemente que seguia el ejemplo del Príncipe. Constantes en nuestro sistema, hemos preferido para las citas que aquí hacemos, el códice S. 253 de la Bibl. Nac., sin duda uno de los ejemplares mas correctos y bien conservados de la época. Es un tomo abultado, en folio menor, escrito en papel á dos columnas, con mayúsculas y epígrafes de encarnado, y en letra aragonesa. Al final ofrece la notable *Lamentación*, de que despues hablaremos: el prólogo tiene este epígrafe: «Prólogo del muy illustre don Carlos, Príncipe de Viana, primogénito de Navarra, duque de Nemós é de Gandia, dreçado al muy alto é exçellente príncipe é muy poderoso rey é sennor don Alfonso terçio (sic), rey de Aragon é de las dos Secilias é Córreaga, su muy reduptable sennor é thio, de la traslación de las *Éthicas* de Aristóteles de latin en romance fecha».

«vulgar é propias convertí. Mas donde la sentençia ui ser complita, por cierto, Sennor, daquella usé, uista la verdadera sentençia de sancto Thomás, claro é cathólico doctor é rayo resplandeciente en la Iglesia de Dios, esforçándome dar á algunas uirtudes é uicios más propios nombres, como por las márgenes del libro verá Vuestra Alteza, con declaraciones notado»<sup>1</sup>.

Dado este plan, que se encaminaba á hacer más sensible la doctrina de Aristóteles, hallaba el Príncipe de Viana frecuentes ocasiones para ejercitar su erudicion y su talento, ya explicando, cual moralista, los pasajes que en su sentir lo necesitaban, ya atesorando curiosas noticias sobre los filósofos, poetas é historiadores de la antigüedad clásica<sup>2</sup>, ya en fin justificando, como latinista, la inteligencia que daba á determinadas voces, para conformarse más estrechamente con el genio de la lengua castellana. Oigamos alguno de estos pasajes, donde no sólo descubriremos la indole especial de los estudios de don Carlos de Navarra, sino que podremos tambien reconocer su estilo y la forma en que alcanzó á cultivar el romance nativo. Tratando del «esfuerzo de corazon», escribia:

«*Esfuerzo de coraçon* quise yo, Sennor muy exçellente, dezir á la uirtud, que el filósofo intitula *fortitudo*; ca bien recolegidos los términos é propiedades, aquesta uirtud acata á çerca el acomodamiento é tolerançia de todas aquellas cosas, en que hay osadia é medio.

1 Prólogo cit., fól. 4 r. y v.

2 Es de notarse en verdad, teniendo en cuenta la época en que el Príncipe florece, la exactitud, ya que no la abundancia, de las noticias que á los autores clásicos de la antigüedad helénica, citados por Aristóteles, se refieren. Hesiodo, Homero, Eudoxio, Heráclito, Esquilo, Eurípides, Simónides y otros tienen en el comento de las *Éthicas* señalado lugar (lib. I, capítulos 6, 14, 18; lib. II, cap. 3; lib. III, cap. 2 y 7; lib. IV, cap. 2.<sup>o</sup>), dándose al par curiosos datos sobre otros personajes históricos, lo cual prueba la extraordinaria erudicion de don Carlos. Á fin de que los lectores formen cabal juicio de la forma, en que ofrece estas nociones biográficas, trasladaremos aquí lo que escribe de Eurípides: «Eurípides fué un poeta, que fizo ciertos metros, en los quales narra cómo Almeon mató á su madre, por comendado de su padre, diziendo que ella le aconsejó que fuesse en la guerra tebana, en la qual murió» (lib. III, cap. 1).

»E son los extremos daquela virtud, segunt determina el philósofo, la »ferocidat é temor. Et dize que la ferocidat excede en el acometer, pero »desfallece en el acometimiento, ca fuye de todo peligro. É por que el »esfuerço de coraçon façe al ome acometer é más sofrir, puede ser dicho »que el esfuerço es más pasiuo que activo, quauto quier que las dos »partes posea. E por que Vuestra Sennoria vea la raçon, que me mo- »uió á scriuir *esfuerço* é non *fortaleza*, como otros han scripto, es por »que la uirtud que más há en esta parte, pertenesçe solamente al cora- »çon, e segund nuestra lengoa, es el *esfuerço* é non la *fortaleza*, la quoa- »l quauto quier que al ánimo pueda ser atribuyda, más es del cuerpo »que del coraçon. E si *fuerça* se dixiesse, sería totalmente del cuerpo é »más de los foranos miembros que del interior. É á otra parte, me pa- »resçe la fortaleza é fuerça ser más actiuas que pasiuas; e assi por los »efectos suyos quauto por el uso comun del nuestro romançe, á este uo- »cablo me determiné» 1.

Con tan escrupuloso anhelo daba cima el Príncipe de Viana á la traduccion de las *Éthicas de Aristóteles*, dotando el primero á la patria literatura de esta celebrada obra de la filosofia griega, que un siglo más tarde traian de nuevo al habla castellana muy aplaudidos humanistas 2. Pero si hacía gala de fiel intérprete, no

1 Lib. I, cap. II. Es digna de advertirse la coincidencia que existe entre esta doctrina del Príncipe y lo que al mismo propósito habia escrito el poeta Juan de Mena (*Labyrintho*, cop. CCXI):

Fuerça se llama, | mas non fortaleza  
La que á los miembros | da valentía:  
La gran fortaleza | en el alma se cria,  
Que viste los cuerpos | de rica nobleza.

De creer es que don Cárlos conociera al poeta de Córdoba; pero no por esto su lenguaje es menos filosófico y exacto.

2 Aludimos á Pedro Simon de Abril, uno de los más doctos *helenistas* que poseyó España en el siglo XVI: su version de *Los diez libros de las Éthicas de Aristóteles*, traídos directamente del griego al castellano, no ha llegado á ver la luz pública (Pellicer, *Ensayo de una Bibl. de traduct.*, pág. 152). Antes que Simon de Abril y despues de la traduccion de las *Económicas* y las *Políticas*, que siguen á las *Éthicas* del Príncipe de Viana, se habian traducido las *Económicas* á lengua valenciana: en la Bibl. Ecur. (d. III. 2). hemos registrado en efecto un notable códice, que bajo la inscripcion de *Compend. Moral. philos.*, puesta en el corte dorado de las fojas (como en todos los libros de aquella biblioteca), trás otros tratados, que no son por cierto de filosofia ni de moral, al fól. 92 v. encierra las *Económicas de Aris-*

renunciaba al empeño de mostrarse entendido filósofo; y repa- rando en que el discípulo de Platon habia caido «en algunos »errores, et non solamente errores de philósofo, mas olvidanza »de lo más nescessario á la felicidad humana, por ser privado »d'aquella lumbre de fé que á nosotros la sacra religion cristiana »claramente muestra et ensenia,» resolvíase á escribir una obra de moral universal, empeño de que le apartaba «el cansancio de su espíritu é persona, en la traduccion de las *Éthicas*,» llevada á cabo en lo más árduo de sus persecuciones y desdichas 1. Pero ya que no pudo realizar «un tan excesivo nuevo trabajo», delibe- raba dirigir notabilísima *Epístola á todos los valientes letrados de España*, exhortándolos y requiriéndolos para que acometiesen y dieran cabo á tan útil empresa 2. Muy semejante el plan

*tóteles*, traducidas de la version de Arezzo por Mosen Martin de Viciniana, gobernador del reino de Valencia: esta version está precedida de una epístola (letra), dirigida por Viciniana á su mujer, *la noble dona Damiana* (fól. 91); y terminada, hay en el mismo códice un tratado de *Eclipsy* (fól. 115), que contiene las observaciones hechas por el autor de 1448 á 1478, siguiendo otra version lemosina de los *Morales de Séneca* (Libre de virtuosas costumps), escrita por Antonio Blay (fól. 116 al 121). El celebrado don Diego Hurtado de Mendoza, que como veremos en su lugar, se preciaba de gran latinista y no estaba ayuno en los estudios helénicos, trajo tambien al castellano la *Mecánica* de Aristóteles del original griego, segun declara el mismo en la dedicatoria. Guárdase esta traduccion con la firma de don Diego y muchas correcciones de su puño y letra, en la Bibl. Ecur., con la marca f. iij. 15; habiendo tambien una copia en el mismo pluteo, con el número 27, que parece de fines del siglo XVI.

1 Recuérdese que el Príncipe partió de Navarra despojado de la lugar- tenencia de aquel reino por su mismo padre, y que cuando mayores espe- ranzas fundaba en don Alfonso V, vino la muerte á desbaratarlas. Lo nota- ble es que en medio de tantos sinsabores pudiera volver sus miradas al cul- tivo de las letras. Esta epístola fué pues escrita despues de 1458, acaso en el retiro de San Plácido de Mesina.

2 El título de esta peregrina carta es: «*Epístola del Serenissimo é vir- tuoso Príncipe don Kárlos, primogénito d'Aragon, de inmortal memoria, »endrecada á todos los ualientes letrados de la Spanya, exhortando é re- »quiriéndoles que den obra é fin á lo que por ella podrán ser informa- »dos.*» Publicóla el laborioso quanto entendido Yanguas en su *Diccionario de antigüedades de Navarra* (t. I, pág. 187), y existe á dicha en la Biblio-

propuesto por el Príncipe de Viana al seguido por don Juan Manuel en su *Libro de los Estados* <sup>1</sup>, debía comprender su obra, tanto respecto del orden intelectual y religioso como del moral y político, la sociedad entera: empezando por la noción de las virtudes teologales (fé, esperanza y caridad), que más directamente se refieren á Dios y al hombre, á Dios «por le render el devido conocimiento,» al hombre «por la conservacion é ameioramiento de nuestro ser,» pasaba á considerar las cardinales, «para bien judgar é conocer el valor de las humanas operaciones,» proponiéndose mostrar «en qué consiste la humana felicitad é la divinal gracia, con la vision de Dios, donde todos los bienes terminan é fuelgan.»—Trás estas consideraciones, debía entrar, siguiendo las *Económicas* y *Políticas* del filósofo, en el estudio de las costumbres, hasta llegar «por orden al universal regimiento de la cosa pública,» considerando las diversas condiciones de gentes, que constituyen la sociedad y dando idea de las formas de gobierno á la sazón conocidas (real, preminencial, popular), no sin fijar las esferas de cada estado, declarando por último que era su único objeto la buena disposicion y bienandanza de los hombres <sup>2</sup>.

En la traduccion de las *Éthicas*, lo mismo que en esta *Epis-*

teca Nacional en el cód. marcado D. 190, fól. 10 r., bello MS. en vitela, que encierra asimismo las cartas dirigidas por don Fernando de Bolea á los reyes de Aragon (fól. 1), Castilla (fól. 4) y Portugal (fól. 6), y á los *valientes letrados* de quienes el Príncipe trataba en la suya fól. 8 v.).

<sup>1</sup> Véase el cap. XVIII de esta II.<sup>a</sup> Parte, 1.<sup>er</sup> Subciclo, donde dejamos hecho el estudio de esta importante obra (pág. 258 y siguientes).

<sup>2</sup> Don Carlos, expuesto el plan que extractamos, concluía diciendo: «Por ende é por que nuestra imaginacion que buena nos paresció, non se del todo perdiessse, deliberamos fazer la presente *Epístola*, con la quoa á todos los valientes letrados de nuestra Spania, exortamos é requerimos que á la obra del presente tractado, con sus claras inteligencias é sabidurias, den obra en la execucion daquel. Lo quoa por nuestro relieve, Nos á todos los otros, por su doctrina, mui mucho agradeçemos» (*ut supra*). Los deseos de don Carlos no tuvieron (que sepamos) ejecutores. Sólo despues de su muerte dirigió de nuevo don Fernando de Bolea y Gallóz la expresada *Epístola*, con otras suyas, á los reyes de Aragon, Castilla y Portugal con el indicado propósito; pero sin fruto.

*tola* y las ya mencionadas, mientras se esmeraba don Carlos por ganar lauro de filósofo y de erudito, aspiraba á ser tenido por escritor elegante, siguiendo el ejemplo del marqués de Villena y de los que se pagaban de latinistas, y comunicando también á su lenguaje aquella artificiosa disposicion hiperbática, que tanto acercaba el romance castellano á la lengua del Lacio. Don Carlos de Navarra, menos osado que don Enrique de Aragon y que Juan de Mena, ó más flexible y transigente con el habla popular, no imprimía sin embargo á sus giros aquella extraordinaria tirantez que se trocaba á menudo en oscuridad impenetrable; y descubriendo ya la senda que iban á frecuentar los escritores eruditos del siglo XVI, manifestábase tan entendido conocedor de la dición como esmerado cultivador de la frase. Prueba inequívoca es de esta observacion, demás de las *cartas* arriba citadas y de la traduccion de las *Éthicas*, la peregrina *Lamentacion á la muerte del rey don Alfonso*, digna de ser comparada con la que el docto marqués de Santillana habia dirigido *Á la segunda destruycion de España* <sup>1</sup>. Sorprendido el Príncipe de Viana por aquella desdicha, que habia cortado en flor sus legítimas esperanzas, lleno de angustias y temores respecto de lo porvenir, acertaba apenas á expresar su dolor, exclamando:

«Si la mucha tristura nos procura turbaçion, distraydo el ánimo de materias plazibles, llena la memoria de casos lamentables, turbado el entendimiento de sobeja tristicia, la voluntad inclinada á todo dolor, cegados los oios de fluentes lágrimas, ¿quoa será la mano que á la péndola conduzga á poder scriuir cosa que delectable nin placible pueda ser?...»  
 «Pues llorando é con gemecosos suspiros, las palabras enternesçidas de tan razonable congoja, deliberamos scriuir, non la milésima parte del quebranto que sentimos en el centro de nuestro coraçon, planniendo la muerte daquel Alfonso, que rey poderoso é digna persona siendo, por sus innumerables uirtudes á todos los mortales ciertamente sobrepujaua».

Ponderadas las altas dotes del animoso conquistador de Nápoles, cuyo invencible corazon habia domado á sus enemigos, y cuya generosa benevolencia era lazo de amor para sus parciales, y declarado que no podia ser llorado al morir quien «viviendo,

<sup>1</sup> Véase el cap. XII de este II.<sup>o</sup> Subciclo (pág. 333).

non fué digno de amor,» volviase el Príncipe, no sin movimiento poético, á la muerte, apostrofándola de este modo:

«Non te maravilles, ó iniusta é desatentada Muerte, si con el desórden de tus acostumbrados rigores los hombres se quexan de tus perueras sentencias. Ca bien podieras á este sennor é caro tio nuestro la temporal uida con razonable acatamiento sufrir fasta el período postrero de su término natural: al qual por uirtuosos mereçimientos el universal Creador la perpétua é durable le tuuo siempre otorgada. E mira bien é conosçe quauto danno es fecho: que á los studiosos el enxemplo né luzero de sus uidas, é á los otros la doctrina é endereçamiento de sus costumbres les ha encegado é quitado del todo... Diremos pues las razones que nos á tristeza é plannimiento conduzen: ca considerada la speranza sernos en reçelo conuertida, el amor en odio, la seguridad en peligro, el deleyte en ansia, la folgança en trabajo, la gala en luto, la paz en guerra; quoál seria el hombre que deste destroque non congoxado se sintiesse?... Ca tuuimos en él speranza de ver nuestros fechos reparados; fuémos dél amorosamente tractado; éramos seguro só el infalible amparo suyo, hauiendo deleites sin cuento nin número; galas que cuendian en las salas é campos; paz en el nuestro juyzio; paz en nuestra tierra... Ni quién á nos el razonable dolor non otorgue é consienta?...» Por ende, ó cruel Muerte, quexámonos de tí, que adestrada daquella que sin uista á todos suele ygualmente tractar, sin consideracion é diferencia, un tan abhorreçible caso delibrastes fazer» 1.

En tal manera cultivaba el Príncipe de Viana la elocuencia, declarando una y otra vez que era el romance castellano la lengua nativa, y mostrando la índole de sus estudios que le asociaban estrechamente, así al movimiento literario de Castilla como al más formal de los ingenios catalanes y aragoneses. Pero no olvidaba el hijo de doña Blanca cuánto debía al nombre navarro; y en medio de sus tribulaciones acudia tambien, segun arriba advertimos, á trazar la historia de aquella patria, tan costosa como amada 2. Intitulándose desde las primeras líneas de la *Co-*

1 Códice 5.253 de la Bibl. Nacion., donde ocupa las cuatro últimas fojas.

2 La *Corónica de los Reyes de Navarra* no se imprimió hasta 1843, en que la sacó á luz el muy diligente don José de Yanguas y Miranda, «corregida en vista de varios códices é ilustrada con notas», muy eruditas (Pamplona, por Teodoro Ochoa). Como observó ya Garibay, andaba «gran-

*rónica de los reyes de Navarra*, «propietario et natural sennor» de aquel reino, advertia don Carlos que era su intento trazar la historia de sus «antecesores», cuyas hazañas y virtudes elogiaba por extremo; y dando especial razon de su libro, escribia: «Por ende nos más deleytándonos en commemorar los tan excellentes fechos que aquellos sennores con su ynmensa virtud obraron, siempre leiendo et escriuiendo, dimos comienço é fin en la obra: en la quoyal nos paresçe ser nesçessario introducir nuestro proçesso por ciertos fundamentos, é prinçipio; poner en deuida orden é ynquirir mejor, segun las ystorias de que deliberamos tractar, nos ha convenido escudriñar los antiguos libros historiales, por más á la uerdad daquellas allegar nuestra presente escriptura; la quoyal, á nuestro ver, deue començar dende las poblaciones d'España, por discurrir los viejos fundamentos deste regno de Navarra».

Apoyado en la autoridad de Eusebio y de Orosio, de Leandro, de Isidoro de Sevilla, y de Ildefonso 1, de Isidoro Pacense y Sulpicio de Compostela 2, del arzobispo don Rodrigo de Rada, Lúcas

demente desordenada por los copiadore» desde el siglo XVI (*Compendio Historial*, t. III, lib. XXVII, cap. I, fól. 2), lo cual fué creciendo extraordinariamente en los siguientes, hasta hacer muy difícil una edicion depurada. Yanguas triunfó por fortuna de innumerables obstáculos: sin embargo, demás de los MSS. de la Bibl. Nacion. (T 115 y G 139), de la Academia de la Historia, y de la de los duques de Osuna, hemos juzgado oportuno consultar los códices & ij. 12 y X. ij. 18 de la Bibl. Ecur., dando la preferencia al último por más antiguo y completo. De él y de la citada edicion nos valemos principalmente en estos estudios, no sin haber tomado razon de otros MSS., tales como el de la Biblioteca Imperial de París, núm. 9993.

1 El Príncipe de Viana se refiere, al citar á San Ildefonso (Sant Alphonso, arzobispo de Toledo) á la famosa *Continuacion de San Isidoro* que desde los tiempos de Lúcas Tudense se le atribuia, y que hemos declarado apócrifa con la autoridad de los colectores de los PP. Toledanos (tomo I, página 311). El nombre de Ildefonso autorizaba desdichadamente tejido tal de patrañas, que todavia no han podido desvanecerse por completo, no maravillándonos que al mediar del siglo XV lograsen autoridad bajo tal patrocinio.

2 El San Sulpicio, arzobispo de Compostela, de que habla don Carlos, es Severo Sulpicio, obispo Bituricense, cuyo Cronicon (*Epithome Chronicarum*

Tudense, Vicente Bauvais <sup>1</sup>, no desdeñaba don Carlos las más recientes crónicas, consultando la escrita por don Fray Garcia de Eugui, obispo de Bayona, en otro lugar ya examinada <sup>2</sup>. Mas no contento con las narraciones de estos celebrados cronistas, y animado del celo de la verdad, juzgaba conveniente el hijo de Juan II, no sólo consultar las crónicas de Castilla, de Aragon y de Francia, sino penetrar tambien en los archivos, hallando en el de Comptos abundantes escrituras y documentos, para rectificar ó ampliar las noticias históricas, que á Navarra se referian <sup>3</sup>. Era esta la vez primera que, obediendo tal propósito, reconocian los cronistas de la edad-media la imperiosa necesidad de refrescar las adulteradas relaciones de otros dias en las verdaderas

*Severi, cognomen Sulpicii*) insertó el P. Florez en el t. IV de la *España Sagrada* (pág. 431. y siguientes). De este ilustre prelado, de quien hicimos ya mencion en el t. I, pág. 283, es tambien un cronicon ó historia sagrada de la cual extracta el indicado Flores la parte relativa á Prisciliano, en el t. XIV de la *España Sagrada*, p. 371, etc.

1 Anotando esta parte del prólogo, que puso don Carlos á su *Corónica*, decia el diligente Yanguas: «Parece que Vicente se refiere á que la primera edicion de la obra de Orosio, se hizo en Vicencia ó Vicenza, y que aquella palabra se añadió por algun copiante» (pág. 3). La noticia bibliográfica es por extremo erudita; pero el Príncipe de Viana se refiere visiblemente á Vicente Belovocense, ó de Bauvais, de quien hemos hecho mencion antes de ahora, y cuyo *Speculum majus* (naturale, doctrinale, historiale) era ya muy conocido en España desde el reinado de Alfonso X (Véase el cap. XI del 1.º Subciclo de esta II.ª Parte). La Reina Católica poseía dos ejemplares, que son los números 113 y 114 de su Biblioteca (1.º *Invent.*, *Mem. de la Real Academia de la Historia*, t. VI, p. 453.

2 Cap. V de este II.º Subciclo. Las palabras del Príncipe son: «Eso mesmo por don fray Garcia de Eugui, obispo de Bayona, confesor de nuestro agüelo el rey don Carlos (que Dios aya) en una su copilacion que fiso» (prólogo).

3 «E aunque para tractar de los reyes de Navarra (cuyo heredero soy »et espero de regnar) et quoáles et quoántos, avemos fallado en este regno »assaz pocas scripturas que non nos ha seydo poca confusion, pero recurrimos á las crónicas de Castilla et á las de Aragon et Francia et buscamos »los antiguos archivos deste nuestro reyno et de nuestra Cambra de Comptus, en todas las quales crónicas et scripturas Nos fallamos esto que se »sigue quanto nuestro muy flaco ingenio ha sabido escoger et notar» (prólogo citado).

fuentes de la historia; declaracion importante, que mostraba la nueva senda, que iba á seguir en breve aquel linaje de estudios, avalorando al par los realizados en su *Corónica* por el ilustre Principe de Viana.

Dividíala este pues en tres diferentes libros: era el primero exposicion brevísima de los orígenes de Navarra, compuesta de quince capítulos, en que reconocidas, conforme al sentir de los escritores que le habian precedido, las diversas gentes que vinieron á España antes de los romanos <sup>1</sup>, entraba muy de corrida en la edad visigoda; y enumerados los Pontífices, emperadores y reyes que preceden á don Rodrigo, y los que en Francia heredan la corona de Clodoveo hasta el imperio de Carlo-Magno, recordaba la perdicion de España en los campos de Guadalete, trazando con igual rapidez el doloroso cuadro, que presentaba la Península desde la invasion mahometana hasta la eleccion de Iñigo Arista, primer rey de Navarra <sup>2</sup>. Desde aquel momento parecia don Carlos tomar cierto respiro, deteniéndose algun tanto á considerar la proclamacion de Iñigo y las prodigiosas victorias que el cielo le concede contra los moros, y tocando despues los reinados de don Garcia Iñiguez, don Sancho Abarca, don Garcia el Tembloroso y don Sancho el Mayor, no sin mencionar sus victorias y conquistas, principalmente respecto del último, cuya supremacía en toda España y cuyo desacierto en la particion de

1 En esta parte es digno de advertirse que don Carlos de Navarra, andando á ciegas, como todos los cronistas de la edad-media, se dejó dominar del influjo que alcanzaban entre los doctos los escritores de Italia. Ricobaldo de Ferrara, Alfieri y Caffaro en sus crónicas latinas de Ferrara, Ásti y Génova, y Spinel y Malespini en sus historias vulgares de Florencia, habian atribuido la fundacion de dichas ciudades á los troyanos, siguiendo la tradicion poética de Virgilio: su ejemplo cundió á la mayor parte de los historiadores de los siglos XIV y XV; y cuando don Carlos de Viana escribió su crónica, apenas se contaba ciudad italiana, que no se gloriase de ser troyana ó griega: ¿qué mucho pues que en la oscuridad de los primeros tiempos no olvidara el hijo de doña Blanca á los tebanos y á los troyanos, como gentes muy principales, de que procedia el reino de Navarra?... Don Carlos no olvida que Tubal, «quinto fijo de Jafet», vino á España despues del diluvio, poblando á Tudela, Tafalla y Huesca (Osca).

2 Cap. VI.

TOMO VII.

los Estados, reunidos en su corona, oportunamente señala <sup>1</sup>. Con la noticia de los hijos de don Sancho II, don García de Nájera y don Sancho III pone fin el Príncipe de Viana al primer libro de su *Corónica*, manifestando que la muerte del postrer monarca dejaba el reino sin sucesor, dando entrada en Navarra á nueva dinastía.

Abraza el segundo libro, en diez y ocho capítulos, la historia «de los reyes de Navarra, que pueden ser dichos naturalmente aragoneses». Es el primero de estos príncipes don Sancho Ramírez, segundo rey de Aragón y octavo de Navarra, y siguiente, no sin que don Carlos logre recoger peregrinas noticias sobre sus reinados, don Pedro, conquistador de Huesca, y amigo del Cid Ruy Diaz, don Alfonso, el Batallador, debelador de Zaragoza y repoblador del Burgo de Pamplona, y don García Ramírez, en cuyo tiempo se separan los reinos de Aragón, Castilla y Navarra <sup>2</sup>. Los dos Sanchos, el Sábio y el Fuerte, con sus triunfos y desastres, con sus alianzas y activa participacion en las empresas bélicas de los reyes de Castilla, y muy especialmente en las de Alfonso VII, el emperador, llenan y terminan este segundo libro, donde más reposado y con mayor esmero en la narracion, logra el Príncipe de Viana dar á la narracion no escaso interés, mostrando que no habian sido estériles sus investigaciones en la Cámara de Comptos.

Tiene el tercero y último libro de la *Corónica* por objeto la dinastía franco-navarra, que empezando con don Teobaldo (Tibalt), alcanza hasta el reinado de Carlos el Noble, abuelo del Príncipe. Trás don Teobaldo I, sus empresas y sus viajes, aparecen sucesivamente Teobaldo II, enemigo declarado de Castilla y compañero de San Luis en su expedicion al África, don Enrique, su hermano, don Felipe, el Hermoso, la reina doña Juana, cuyos gobernadores no aciertan á conjurar las guerras civiles entre los parciales de don García Almoravít y don Pedro Sanchez de Cascante, que envolvian al cabo el reino entero en la

<sup>1</sup> Cap. XII.

<sup>2</sup> Cap. IX.

más desoladora anarquía <sup>1</sup>. La exposicion de los hechos que traen al trono de Iñigo Arista á don Luis Hutin, así como la tiranía de don Felipe «el Luengo», cuya coronacion se celebra en París, y la de doña «Johana, Reyna natural de Navarra» y de Philipo, conde de Ebreux, su esposo, que despojado del señorío de «Jampaña y de Bria, concurre al asedio de Algeciras, donde muere,—ocupan la mayor parte del indicado libro, manifestando que no faltaban al hijo de doña Blanca verdaderas dotes de narrador <sup>2</sup>. Comprende finalmente la *Corónica* el reinado de Carlos I, tan calamitoso y revuelto, como el de don Pedro de Castilla, á quien ayuda el navarro, sirviéndole en Francia de mediador; y es en verdad muy digna de aprecio toda esta última parte de la historia de Navarra, por la fidelidad y copia de datos con que el Príncipe de Viana la ilustra, si bien se muestra un tanto apasionado de las desdichas de don Carlos, harto semejantes á las suyas; cerrando con sus alabanzas toda la obra <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Caps. VII, VIII, IX y X.

<sup>2</sup> Cap. XV.

<sup>3</sup> El Príncipe terminaba la Crónica en 1454, segun testifican estas palabras, con que encabeza el prólogo: «En el año del nascimiento de Nuestro Senyor, de MCCCCLIII años, Nos el Príncipe don Carlos III, propietario et natural senyor del reyno de Navarra, compusimos la presente «Corónica de los reyes de Navarra, nuestros antecesores, cuyas ánimas en «la eternal paz del universal Creador reposen». La voz *compusimos* equivale á *pusimos fin*, pues que al terminar el prólogo leemos: «Et avemos yntitulado el año en que nuestra scriptura *acabamos*, porque sea fallada la «verdad, segun la antigüedad de los otros tiempos». Alguno despues pensó don Carlos añadir á su historia la de sus propios acaecimientos; y empezó á realizarlo, escribiendo un notable exordio, que existe sólo en los códices, copiados del que enmendó trás dicha fecha: en él exponia su intento, disculpándose de que siendo parte «en los fechos tocantes al senyor rey su padre, cuya honra deuia et era tenido de acatar», le forzaban su «justicia et verdat á la defension é sostenimiento» propios, movido al par de los ruegos de sus servidores y allegados, «ca digna é justa cosa es (añadia) que los buenos la loor, ansy como los malos vituperio, de sus obras alcancen». El Príncipe recordaba por último el ejemplo de César, deseoso de evitar la lisonja ó la envidia; y considerando á su abuelo, el rey don Carlos III «del cuento de los reyes» de la dinastía francesa, resolvíase á